

NICOLAS D'ESTIENNE D'ORVES

EIFFEL

Traducción de
Yara Trevethan Gaxiola

Título original: *Eiffel*

Nicolas d'Estienne d'Orves

© 2021, Éditions Michel Lafon, Eiffel

Adaptación de la película “EIFFEL” de Martin Bourboulon, basada en el guion original de Caroline Bongrand, adaptación y diálogos de Caroline Bongrand, Thomas Bidegain, Martin Bourboulon, Nathalie Carter y Martin Brossollet.

© 2021 – VVZ Production – Pathé Films – M6 Films – Constantin Film Produktion

En colaboración con Diamond Films

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Imagen de portada: © Pathé

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño Planeta Arte & Diseño

Fotografía del autor: © Noémie Kadaner

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2022

ISBN: 978-607-07-8697-6

Primera edición impresa en México: mayo de 2022

ISBN: 978-607-07-8693-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

1

París, 1886

—¡Señor Eiffel, a los ojos de Estados Unidos de América, usted es un héroe!

Qué acento tan curioso: redondo y alargado, brusco en ocasiones. Eiffel siempre se preguntó cómo se forman los acentos. ¿Están relacionados con el clima, con la geografía? ¿Será entonces que algunas vocales son más sensibles al sol, mientras que las consonantes lo son a la lluvia? ¿Será el acento estadounidense una síntesis de las inflexiones inglesas, irlandesas y holandesas? Quizá, pero en ese caso ¿existirá un idioma que los haya precedido a todos? ¿Una estructura originaria?

«Un esqueleto...», piensa Eiffel, observando los labios carnosos que entregan ese cumplido.

A decir verdad, ya hace medio siglo que consagra su vida a los esqueletos. Ha renunciado a casi todo —a su familia, a sus amores, a sus vacaciones— debido a su pasión por los huesos. Por supuesto, son fémures de metal, tibias de acero. Pero esta mujer alta y verde, vestida de forma tan ridícula, que se erige frente a la asamblea, ¿no es también hija de Eiffel? Ella le debe a él su estructura más secreta, la más íntima.

—Gustave, ¿estás bien? —murmura Jean—. Parece que viste a la Virgen.

—Virgen... no lo será por mucho tiempo...

Eiffel regresa a la tierra y recuerda dónde se encuentra, frente a quién y por qué.

El embajador Milligan McLane no advierte nada y continúa con su perorata, con ese acento horrible, frente a una asamblea que se tambalea de aburrimiento bajo sus cuellos falsos y sus bigotes.

—Usted pretende, con modestia, no haberse hecho cargo más que de la estructura interna de la Estatua de la Libertad. Pero es esa osamenta la que hace y hará su fuerza.

Algunos vejetes voltean a ver a Eiffel y le ofrecen miradas de admiración. Casi le dan ganas de sacarles la lengua, pero prometió comportarse. Compagnon incluso se lo suplicó:

«Gustave, esa es parte de tu misión».

«Sabes bien que los honores me tienen sin cuidado».

«Pero a mí no, a nosotros no, a Établissements Eiffel tampoco. Si no lo haces por ti...».

«... Hazlo por mí», agregó Claire, su hija, al entrar a la oficina cuando él se anudaba con torpeza la corbata de moño. «Y déjame ayudarte, te vas a arrugar el cuello, papá...».

Gustave Eiffel es un hombre de trabajo de campo, no de salón. Siempre detestó a los aduladores, las maniobras, la cautela en los gabinetes ministeriales y en las cámaras de las embajadas.

En fin, Compagnon tiene razón: hay que jugar el juego. Además, si eso agrada a su querida hija...

—Esta estatua resistirá todos los vientos, todas las tempestades, y estará ahí dentro de cien años.

—Eso espero, ¡cretino! —murmura Eiffel, con la suficiente fuerza como para que Compagnon le suelte un codazo en las costillas.

Pero el ingeniero da un paso adelante y se dirige, sonriendo, al embajador:

—Más. Mucho más de cien años...

La audiencia lanza risitas ahogadas. Todos piensan que Eiffel tiene ingenio. Gustave los observa con falsa amabilidad. Le falta tan poco...

Aprovechando que se salió del grupo, el embajador se acerca al héroe del día y alza la medalla.

A Eiffel le asombra que sea tan pequeña. Ha recibido montones, a lo largo de los años. Condecoraciones francesas, regionales, locales: todas están desordenadas en un cajón que a los niños les encanta escudriñar en Cuaresma. Esta no tendrá más valor que las otras.

«Todo por esto...», se dice Eiffel mirando hacia «su» estatua. ¿Es de él, realmente? Su forma, sus encantos, su mirada, su desdén: todo se debe a Bartholdi, el escultor. Los viajeros que a partir de ahora entren por el puerto de Nueva York pasarán frente a ella. Ella será la primera estadounidense con la que se encontrarán. ¿Pero a quién atribuirán su paternidad? ¿Al artista o al ingeniero? De los dos, ¿quién es el artífice, el verdadero creador? ¿Acaso no es el arte aquello que permanece escondido, lo que no se muestra? Todos los puentes, pasarelas y viaductos que Gustave ha construido desde hace treinta años ¿son obras de arte o solo objetos? ¿No es hora de que edifique un esqueleto, una estructura que exista solo por sí misma, y que sea la revancha y el triunfo de los huesos?

Un pequeño dolor lo aparta de sus pensamientos. ¿El embajador lo hizo a propósito? ¿Vio la mirada furtiva del

beneficiario, a quien pinchó con la aguja de la medalla en el lado derecho de su pecho?

El estadounidense finge no darse cuenta de nada, e Eiffel refrena su gesto de dolor.

—En nombre del pueblo estadounidense y de sus valores, lo nombro ciudadano honorario de Estados Unidos de América. *God Bless America!*

—*God Bless America!* —responde a coro el público.

Un francés le hubiera dado un abrazo. El embajador estrecha a Eiffel y después lo besa en ambas mejillas. Gustave se tensa. Su ancestral sangre alemana sale a la superficie siempre que se enfrenta con ademanes demasiado fraternales. Por lo visto, estos estadounidenses son muy entusiastas. Y además, el aliento, ¡santo Cristo!

«¿Comió ranas, señor embajador?».

Por supuesto que no dice nada. Pero ¡por Dios!, cómo le hubiera gustado...

* * *

—¡Ese yanqui apestaba a ajo! ¡Era un horror!

—Se veía en tu expresión... Espero que nadie se haya dado cuenta...

Eiffel observa a la audiencia, que bebe su champaña a sorbos.

—¿Ellos? Son ciegos y sordos...

Un viejo académico se abalanza sobre Eiffel y le estrecha la mano con efusividad, al tiempo que murmura un elogio que, debido a la ausencia de dientes, es incomprensible.

—Pero no mudos... —agrega Compagnon cuando el viejo se aleja tambaleándose con su traje verde.

—Bueno, ya es suficiente —concluye Eiffel, mientras se dirige al guardarropa.

—¡Gustave, espera!

—¿Esperar qué? Todas estas personas solo parlotean. Sabes bien que odio parlotear...

Compagnon parece estar alerta, como si temiera que la actitud de Eiffel le fuera a jugar una mala pasada. Ya lleva años puliendo sus asperezas y limpiando a su paso. Una tarea muy ingrata: Gustave es su socio, no su soberano.

Pero Eiffel ni siquiera se da cuenta. Su amistad, porque son verdaderos amigos, descansa en esa extraña relación de dependencia y complicidad. Como el ciego y el paralítico.

Hoy, por ejemplo, Gustave no debería comportarse con tanta desenvoltura. Compagnon se lo había advertido al subir la escalinata de la embajada de Estados Unidos, en la rue du Faubourg-Saint-Honoré. Asistiría la alta sociedad, es decir, futuros contratos.

«No necesitamos contratos...».

«¡Siempre necesitamos contratos! Es claro que no eres tú quien mete las narices en las cuentas, Gustave».

«Precisamente por eso me asocié contigo. Para mí, los números son medidas, no billetes...».

Aun así, Compagnon tiene razón. Esa noche, la corte y la ciudad se reúnen bajo la bandera estadounidense. No es el momento de hacerse la diva.

—No hacen más que hablar de la Exposición Universal, ¿no crees? Es dentro de tres años, es decir, mañana...

Gustave finge no comprender y toma una copa de champaña antes de hacer una mueca.

—¿Ya lo notaste? Está tibia. Estos estadounidenses...

Compagnon toma a Eiffel del brazo y lo empuja con un poco de brusquedad hacia un rincón del salón, donde se encuentra un antiguo cuadro que representa a la ciudad de Cabo Vincent, en el lago Ontario. Una escena fechada, tan inmóvil como los fantasmas que habitan los salones.

Compagnon señala a un hombre alto que está de espaldas y parece dar saltitos en su lugar, como si se impacientara.

—¿Ves ese grande de ahí? Trabaja en Quai d'Orsay. Dice que Freycinet quiere un monumento que represente a Francia en 1889.

—¿Un monumento?

Al ver que por fin ha llamado la atención del ingeniero, Compagnon insiste.

—¡Sí! Quiere edificarlo en Puteaux, a las puertas de París. Además, antes de ello, quieren construir una vía férrea metropolitana, como en Londres. Un tren que pase por debajo del Sena.

Esta idea espabila de inmediato a Eiffel.

—Eso está bien, ¡muy bien!

Compagnon siente que por fin va a ganar la partida.

—¡Ya ves que no vinimos en vano! Habría que ponerse en contacto con el ministerio para proponerles proyectos y dibujarles algunos planos.

—¿Del metro? Tienes razón. Infórmate.

—¡No, no del metro, Gustave! Del monumento...

Cuando Gustave se enterca, nada puede desviar su atención.

—El metro no es una idea nueva. Además, ya hay gente que está interesada —agrega Compagnon.

—¿Y cómo va toda esa gente? —pregunta Eiffel, poniéndose el abrigo.

Compagnon debe admitir que no lo sabe.

El ingeniero sonríe, se inclina desde la distancia y hace una pequeña seña a unos invitados que advierten su partida. Al ver que algunos avanzan para acercarse a él, retrocede hasta llegar al patio de la embajada. Compagnon no se le despega. La mente de Gustave se echa a volar. ¡El metro! ¡Hay que hacerlo mejor que los ingleses! Se imagina túneles, estructuras metálicas, ¡el esqueleto de un enorme gusano!

—Te digo que te informes. Un monumento no sirve para nada. Pero el metro... ese es un proyecto hermoso. ¡Un *verdadero* proyecto!